

...para hacer relación a los Reyes de las cosas  
que veían, no bastarían mil lenguas a referirlo,  
ni su mano para lo escribir, que le parecían que  
estaba encantado...

Cristóbal Colón, *Diario de a bordo*,  
de acuerdo con el extracto hecho por  
Bartolomé de Las Casas

## Fragmentos del diario de un marinero genovés

Hoy desembarqué en la playa encantada. Hacía calor y amaneció temprano, pero la luz del agua era más brillante que la del cielo. No hay mar más translúcido, verde como el jugo de limón que tanto ansiaron mis marineros muertos de escorbuto en la larga travesía desde el Puerto de Palos. Se logra ver hasta el fondo, como si la superficie del agua fuese meramente un vidrio. Y el fondo es de arenas blancas y lo cursan peces de todos los colores.

Mis velas están desgarradas por las tormentas. El 3 de agosto salimos de la Barra de Saltes y el 6 de septiembre vimos por última vez tierra al zarp del Puerto de la Gomera en Canarias. De las tres carabelas, hoy sólo queda el batel que logré rescatar de la sublevación y la muerte. De los tripulantes, sólo yo sobrevivo.

Sólo mis ojos ven esta playa, sólo mis pies la pisan. Hago lo que la costumbre me ordena hacer. Me pongo de rodillas y doy gracias a un Dios que seguramente está demasiado ocupado en cosas más importantes para fijarse en mí. Cruzo dos palos viejos e invoco el sacrificio y la bendición. Reclamo la tierra en nombre de los Reyes Católicos que jamás pondrán pie en ella. He llegado desnudo y pobre a

estas playas. Pero, ¿qué vamos a poscer, ellos o yo?  
¿Qué es esta tierra? ¿Dónde carajos estoy?

---

Mi mamá me lo decía allá en Génova, mientras la ayudaba a tender las inmensas sábanas a arear y me imaginaba, desde chiquito, impulsado por grandes velámenes hasta los confines del universo: —Niño, deja de soñar. Por qué no te contentas con lo que puedes ver y tocar. Por qué siempre me hablas de lo que no existe.

Tenía razón. Debía satisfacerme el goce de lo que estoy mirando. La blanca playa. El abrupto silencio, tan lejos de los aturridos rumores de Génova y Lisboa. Las suaves brisas y el tiempo como abril en Andalucía. La pureza del aire, sin uno solo de los malos olores que son la plaga de los atestados puertos del Mar Tirreno. Aquí, sólo las bandadas de papagayos oscurecen el cielo. Y en las arenas de la playa no encuentro la mierda, la basura, los paños sangrantes, las moscas y las ratas de todas las ciudades europeas, sino albos confines de pureza, perlas tan numerosas como las arenas mismas, tortugas parturientas, y detrás de la playa, en formaciones sucesivas, la selva tupida de palmeras junto al mar y luego, en ascenso hacia las montañas, macizos conjuntos de pinares, robles y madroños, que es una gloria mirarlos. Y en la cima del mundo, una altísima montaña coronada de nieve, dominando al universo y salvada, me atrevo a decirlo, de las furias del diluvio universal. He llegado, qué duda cabe, al Paraíso.

---

¿Es esto lo que quería encontrar? Ya sé que mi propósito era llegar a China y Japón. Siempre dije que, al fin y al cabo, sólo se descubre lo que primero se imagina. De manera que llegar a Asia era sólo una metáfora de mi voluntad o, si ustedes lo prefieren, de mi sensualidad. Desde la cuna, tuve una impresión carnal de la redondez de la Tierra. Mi madre poseía dos gloriosas tetas que me acostumbré a mamar con una fruición tal que pronto la agoté. Ella dijo que prefería lavar y tender sábanas a alimentar a un niño tan voraz. Se sucedieron así mis pilmamas italianas, a cuál más de lechosas, redondas, godibles y terminadas sus tetas en deliciosas puntas que para mí llegaron a conformar, claro está, la visión misma del mundo. Teta tras teta, leche tras leche, mi mirada y mis labios se inundaron con la visión y el sabor del globo.

Consecuencia primera: para siempre vi al mundo como una pera que fuese toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda, y en lugar de ella fuese como una teta de mujer, y que esta parte del pezón sea la más alta y la más propincua al cielo.

Consecuencia segunda: que si alguien venía a decirme que estaba loco y que un huevo no se sostiene de pie, yo, para ganar el debate, aplastaba un extremo del huevo y así lo asentaba. Pero mi mente, en realidad, pensaba en morder un pezón hasta vaciarlo de leche y hasta que la nodriza gritara. ¿De placer, de dolor?

Jamás lo sabré.